

Arthur Koestler: LA LITERATURA TOTAL

Porfirio Carrillo Castilla

París, mayo de 1999: el siglo se precipita hacia su final, las aguas del Sena corren eternas. Mario Vargas Llosa, explorador del sertón, el Congo ecuatorial y la Amazonia, escribe un anticipado epitafio para el siglo xx: “hay que reconocer que fue una figura apasionante, un barómetro que registró las más reacias tormentas de nuestro tiempo. Releer sus libros es pasar revista a lo más vibrante y trémulo del siglo que termina”. El *hablador* pensaba en Arthur Koestler (1999).

En 1905, en Budapest, a orillas del Danubio, nace Arthur Koestler (AK), hijo único de una acomodada familia judía. “Todos mis primeros recuerdos parecen agruparse en torno a tres temas dominantes: el remordimiento, el temor y la soledad”, pero ciertamente en AK siempre hubo esperanza: “creo profundamente que el hombre posee el poder de arrancarse a sí mismo del pantano, tirándose por los cabellos. *El Barón del Pantano*, abreviado *Bapán*, vencedor de Hórrar, ha llegado a ser para mí un símbolo y una profesión de fe” (vol. 1, 2000).

Temprano y voraz lector, apasionado de las matemáticas y la física, Koestler aprendió a hablar en húngaro, alemán, francés e inglés: “me fascinaba especialmente la geometría, el álgebra” –que le

salvaron la vida en la cárcel– “y la física”. Estaba convencido de que en esas disciplinas se hallaba la clave del misterio de la existencia. Creía que las soluciones a las interrogantes del universo se ocultaban en algún artilugio secreto bien definido, como la combinación de una caja de hierro, la piedra filosofal o el elixir de la vida: “dedicarse a buscar la solución de este secreto me parecía el único propósito digno del hombre y cada paso de la búsqueda lleno de encantos y animación” (vol. 1, 2000).

En esta reflexión interminable sobre el conocimiento, la naturaleza humana y su entorno, no estuvo solo; lo acompañaron, además de Freud, algunos de los pensadores más importantes de todos los tiempos: “los héroes de mi juventud fueron Darwin y Spencer, Kepler, Newton y Mach; Edison, Hertz y Marconi; los Búfalos Bill de las fronteras del descubrimiento. Y mi biblia era *Die Weltraetsel* de Haeckel” (vol. 1, 2000).

Desde muy temprano, en el genoma cultural de Koestler habitaban Darwin, el naturalista más importante del orbe, y Haeckel, uno de los defensores más controvertidos del darwinismo, involucrado más tarde en la fastidiosa discusión del uso que el nacionalsocialismo dio a la idea de “la sobrevivencia

del más apto”, al convertirla en la vulgar metáfora de la “sobrevivencia del más fuerte”.

Ciertamente fue AK un agudo lector y analista de la evolución en general, y de las ideas de Darwin en particular, al grado de llegar a discutir en su novela *Los convocados* las bases propuestas para el proceso evolutivo. Reflexiona el paleontólogo Richard E. Leakey en su prólogo al *Origen de las especies* de Darwin:

el trabajo de Paul Kammerer y su defensa de los caracteres adquiridos propuesta por Lamarck, ha sido descrita por el iconoclasta Arthur Koestler en *The Case of the Midwife Toad*. Kammerer, considerado el biólogo más brillante de su generación, estudió los caracteres adquiridos en muchos animales, en los momentos que dicho mecanismo era una explicación desechada para entender [sic] la evolución en la naturaleza. El experimento más famoso de Kammerer, acusado de ser una observación experimental fraudulenta, fue con el llamado sapo partero, *Alytes obstetricans*.

Continúa Leakey: “la mayoría de los científicos de su tiempo

desecharon los resultados de los experimentos de Kammerer [...] quien poco después de descubrirse el fraude se suicidó” (2004).

Koestler expresó enfáticamente que este suicidio fue el resultado directo del desprecio de la comunidad científica hacia Kammerer; también pudo contribuir a esta tragedia la revuelta social que estalló en Austria después de la Primera Guerra Mundial, o el desamor de su amante Alma Mahler –sí, la esposa de Gustav–. Es incluso probable que Kammerer no haya efectuado el fraude; más aún, es posible que haya sido víctima de un complot. Esto nunca lo sabremos. De cualquier forma, Koestler insistió en que la mayor parte del trabajo experimental de Kammerer tenía actualidad y que sólo fue el dogmatismo científico el que rechazó, en su momento, la interpretación del fenómeno descrito.

En los últimos años de la mítica década de 1960 del siglo xx, encontramos a Koestler escribiendo *El abrazo del sapo* (la obra sobre Kammerer), recopilando material para la defensa de un científico evolucionista marginado y eliminado de los libros de texto. Atraído por lo intrigante del caso y por el vacío documental sobre él, Koestler fue reconstruyendo la penosa historia de la crucifixión gratuita de este gran hombre por el que acabaría sintiendo un gran cariño. *El abrazo del sapo* contiene una minuciosa reconstrucción de los hechos a fin de descartar o confirmar diversas hipótesis y posibilidades.

¿Estaba cometiendo Koestler sacrilegio al defender a Kammerer y sus ideas erróneas sobre la evolución? Sin duda, pero su defensa apasionada es fiel a su profunda convicción de proteger a los perseguidos. Podían los pronunciamientos ser indefendibles pero Kammerer era un ser humano, un libre pensador al cual AK debía

amparar del escarnio y repudio de las personas que convirtieron su breve paso por el poder en una frágil dictadura pseudoideológica, vacía y perversa.

En el hermoso Volksgarten de

¿Cuál será la opinión de los especialistas de biografías acerca de la propuesta del genio de Budapest? No tengo la menor idea. Lo que sí sabemos es que, según la inteligencia británica que lo espiaba, Koestler era “1/3 genio, 1/3 canalla y 1/3 lunático”.

Viena, AK nos relata una mañana:

Leía un folleto sobre los últimos disturbios árabes en Palestina, con impresionantes detalles de niños asesinados, como en los días de Herodes [...] cuando terminé de leer el folleto y me calmé un poco, me sumé en uno de mis ensueños habituales, en los que dedicaba mi vida a la causa de los perseguidos, luchando por ellos y escribiendo libros que despertarían la conciencia adormecida del mundo (vol. 2, 2000).

Relatará, describirá y polemizará sobre algunas de las ideas científicas más importantes de su tiempo; propondrá sus límites, triunfos

y posibles derrotas. El cerebro totalizador de Koestler va del Polo Norte, en la expedición del Graf Zeppelin, a los límites desconocidos del inconsciente para la creación en el arte y la ciencia, pasando por la medicina, la física de partículas, la psicología experimental y el arte, la ingeniería, la filosofía, el psicoanálisis, la evolución, la antropología, la sexualidad humana (de la cual para comer a medias redactó una vasta enciclopedia); escribirá una autobiografía deslumbrante y lúcida.

Para Koestler toda biografía es una trampa; se escribe por el “impulso del cronista” o por el “motivo del *Ecce Homo*”: “el cronista está impulsado a compartir la experiencia de los acontecimientos exteriores; por su lado el *Homo* está impulsado por la necesidad de relatar los acontecimientos íntimos” (vol. 1, 2000).

¿Cuál será la opinión de los especialistas de biografías acerca de la propuesta del genio de Budapest? No tengo la menor idea. Lo que sí sabemos es que, según la inteligencia británica que lo espiaba, Koestler era “1/3 genio, 1/3 canalla y 1/3 lunático”.

La vida y obra política de Koestler, tan fundamental para entender el siglo xx, está lúcida y expresada –y en la perspectiva correcta– en una respuesta de Tony Judt:

Snyder: Creo que si hubiera un derbi Orwell-Koestler, un concurso para decidir cuál de los dos es el escritor intelectual en lengua inglesa más significativo en política, tú, a diferencia de mucha gente, pondrías a Koestler por delante de Orwell.

Judt: Su interés no radica en describir unos modelos ideológicos y sus defectos, sino más bien en ilustrar unas actitudes mentales y unas percep-

ciones erróneas del mundo, pero muestra poco interés en ese mundo que está siendo erróneamente percibido. Esto lo hace (mucho más que a Orwell, que en esos temas puede resultar abiertamente displicente) extraordinariamente empático con la gran historia del siglo XX: cómo tantas personas pudieron autoconvencerse de tantas cosas, pese a todas las terribles consecuencias que acarrearán. En esto, Koestler es insuperable (2012).

Para entender la obra de AK en relación con la ciencia tenemos su inmenso trabajo periodístico como director, editor y escritor en secciones científicas de periódicos europeos distribuidos mundialmente. Escribió sobre ese periodo:

Mi nuevo cargo en Berlín me ofrecía infinitas posibilidades. Tendería un puente entre la ciencia y el pueblo. Como medios de ilustración, tenía a mi disposición una veintena de diarios y de revistas. Esa era la misión que me esperaba; paulatinamente haría que el énfasis de la educación pasara del anticuado humorismo a una viva comprensión de los misterios del universo y la vida [...] me veía obligado a leer una veintena o más de periódicos científicos o técnicos para mantenerme al día en lo que se refería a descubrimientos recientes [...] el residuo general de este trabajo agotador fue una visión total y amplia de los métodos, conquistas y tendencias de la ciencia y la filosofía contemporáneas (vol. 1, 2000).

Lo dijo claramente Koestler, “la distinción entre lo verdadero y lo falso se refiere a las ideas no a las

emociones”; las ideas, para él, deben intentar ser totalizadoras, amplias, incluyentes; comunicar la ciencia es crear, en todo momento, abono social, tierra fértil para esa zona limítrofe con el arte y aquella, ahí donde crece y se expande, en afán colonizador, la obra literaria de Koestler.

Para 1932, AK veía ya muy adelante, era de suyo un descubrimiento:

dentro de las posibilidades del director de una sección científica en el sentido de mantener una política definida, la mía era una franca parcialidad hacia las tendencias “naturalistas” de la técnica; es decir, investigaciones que tienden a explotar las fuentes naturales de energía de manera limpia, directa y elegante [...] La provisión de energía del futuro debe surgir de fuentes más puras, más cercanas a la naturaleza (vol. 1, 2000).

Si esto no es utilizar la información y la creatividad para trazar el futuro, entonces ¿qué es?

En julio de 1931 se embarcó como el único periodista en la expedición ártica del Graf Zeppelin, viaje que de acuerdo con Koestler “marcó un límite entre la era romántica de las expediciones árticas y la científica”. El 24 de julio, junto al lago Constanza, 56 hombres (incluido Koestler) partieron “a la noche polar en una ballena volante”.

El recuerdo de este ascenso rápido, silencioso y sin esfuerzo, o más bien de esta caída inversa hacia el cielo, es hermoso y embriagador. Es totalmente distinto del alarmante ascenso de un avión [...] la nave más liviana que el aire se eleva en completo silencio, suave, pacíficamente, como

por su propia voluntad; nos permite la ilusión perfecta de habernos liberado de la esclavitud de la gravedad terrestre. Uno flota, suspendido de una inmensa burbuja de gas, en el cielo [...] la ballena flotante se sostiene gracias a su propia liviandad [...] si los cinco motores se descompusieran seguiría nadando, con su tranquilidad benévola y elefantina (vol. 1, 2000).

Alain de Benoist nos narra:

en 1952, Arthur Koestler decide instalarse definitivamente en Londres en el apartamento de Kensington que ocupará hasta su final, expresará su deseo de no volver a escribir sobre política “tenía la impresión de haber terminado mi trabajo. No quería repetir los mismos temas”.

Decide consagrarse en adelante “a la historia y al estado presente de la ciencia, así como a su impacto sobre nuestra visión del mundo”.

En 1959 aparece *Los sonámbulos*, una delicia de erudición sobre astronomía donde Koestler rinde un homenaje a aquellos grandes “visionarios”: de los antiguos griegos a Kepler, Copérnico, Galileo. Del estudio de sus obras se extrae, según Koestler, la lección de que el progreso de las ciencias es una marcha incierta, una marcha de “sonámbulos”: en cada instante, el paso avanzado está amenazado; a tientas, vamos descubriendo los contornos de la elusiva y compleja realidad. Este libro es una larga reflexión sobre el divorcio entre la creencia y la razón.

Su enorme obra divulgadora nos brinda libros extraordinarios y polémicos: *El grito de Arquímedes* (1964), *El caballo en la locomotora* (1968), *El demonio de Sócrates* (1970), *El abrazo del sapo* (1972),



De la serie *Viaje silente*

Las raíces del azar (1972). En todas sus obras Koestler se indigna contra una de las plagas de los tiempos modernos: la ideología “reduccionista”, definida por Quentin Debray como “la actitud de espíritu consistente en pensar que los fenómenos complejos pueden ser comprendidos y explicados por su descomposición en elementos más simples, considerando de manera ingenua que lo simple solamente es una parte de lo complejo”. De ahí la crítica de Koestler al conductismo, estructuralismo, marxismo y psicoanálisis, del cual declara: “es un sistema de jungla verbal, una mezcla de metáforas y conclusiones”.

Para este errante de sí mismo, confeso del materialismo dialéctico que lo convirtió en un “bu-

rócrata neanderthal”, viajero en la ruta de la seda (deslumbrado por Bujara y Samarkanda; sionista fanático en Tel Aviv, donde vendió agua de limón y donde fue deslumbrado por el mundo árabe que originalmente combatió); este amante ocasional de Simone de Beauvoir; cuidadoso relator forense de sus personajes y de sus amantes; rebelde, según él, “antes que revolucionario”; reo de prisiones en España, Inglaterra, Francia, la vida fue ante todo una búsqueda constante de sí mismo en la que la mirada analítica del pensamiento jugaba, antes que el juicio fácil, un papel central.

En uno de sus largos viajes “al milagro soviético” en la frontera con Afganistán del otrora es-

plendor de los tayikos, en la estepa monótona, triste y bella, Koestler nos relata su alojamiento:

Era un cuarto amplio y limpio, con varias alfombrillas y esteras, pero sin más adorno que los carteles de propaganda pegados a las paredes, los cuales aconsejaban medidas de higiene y reproducían ampliaciones fotográficas de terribles gérmenes infecciosos.

Después de varias horas de canto y humo de *maorka*, Koestler reanuda el relato:

parecían correr rumores de que se había sacrificado un carnero en nuestro honor. De



De la serie *Viaje silente*

pronto y justo al clarear el día, del modo más inesperado y milagroso apareció el carnero. Llegó en una enorme fuente de madera. Los primeros rayos del sol matinal brillaron en la salsa. Circulillos de grasa flotaban en la superficie, cual lirios de agua, y en medio de ellos se veía las compactas islas de la comida sólida [...] El ritual de aquel festín era el mismo que regía en los países árabes. La cuchara, llena de salsa, pasó por tres veces de boca en boca, alrededor del círculo de hombres, bajo las irónicas miradas de los gérmenes representados en los carteles (vol. 2, 2000).

Imagino a Arthur Koestler caminando *La vía lúcida*, obra que desnuda la ideología política y engrandece la comunicación de la ciencia. Inteligencia que ilumina

para revelar, mostrar, la negra noche desde la cual el ser humano, “dueño de la razón” y del “conocimiento”, corrompe el espíritu creativo de la naturaleza humana intentando, inútilmente, que la conciencia crítica del mundo siga dormida. Pero la obra de Koestler está ahí como un germen que tarde o temprano se reproduce para atacar la sordidez humana y despertar a la crítica, una de las funciones sociales más importantes, vitales, imprescindibles de toda literatura que lucha por exhibir la enfermiza pasión humana por el poder, por el dominio ideológico que somete con base en la fuerza del engaño y la perversidad. **LPyH**

BIBLIOGRAFÍA

Judt, Tony y T. Snyder. *Thinking the Twentieth Century*. Nueva York: The Penguin Press, 2012.
Koestler, Arthur. *Autobiografía*. Flecha

en azul. Volumen 1. Madrid: Debate, 2000.

—*Autobiografía. La existencia invisible*. Volumen 2. Madrid: Debate, 2000.

—*El abrazo del sapo*. Barcelona: Ayma, 1973.

Leakey, Richard E. Introducción a *El origen de las especies*, de Charles Darwin. México: Porrúa, 2004.

Vargas Llosa, Mario. “Almas inflexibles. *El cero y el infinito*, de Arthur Koestler”. *Letras Libres*, 30 de noviembre de 2010. <http://www.lettraslibres.com/mexico-espana/almas-inflexibles-el-cero-y-el-infinito-arthur-koestler>.

• **Porfirio Carrillo Castilla** es biólogo por la UV y doctor en Ciencias por el Instituto de Neurobiología de la UNAM. Desde 1985 es investigador titular del Instituto de Neuroetología de la UV.